

OCTAVIO MENDEZ PEREIRA, UNA FIGURA DE LA LITERATURA PANAMEÑA

Por MATILDE REAL DE GONZALEZ

INTRODUCCIÓN

Esta obra de investigación, realizada a través del pensamiento vigoroso y creador del ilustre intelectual panameño y humanista americano Doctor Octavio Méndez Pereira, tiene el propósito de aislar las constantes luminosas de la actitud frente a la vida de un hombre que se dió en forma integral a las más altas faenas del espíritu, dejando engarzada su personalidad a los jalones más definidos y fundamentales del devenir histórico del pueblo panameño durante más de medio siglo.

Entregamos el resultado de nuestro esfuerzo, como una ofrenda a la cultura panameña, en memoria de quien supo aquilatar personalidades y guiar juventudes en medio de una vida vigorosa y apasionada, a tiempo que dejar para la historia y para el arte creaciones imperecederas en el campo de la literatura y de la investigación.

ESQUEMA BIOGRÁFICO

Nace Octavio Méndez Pereira en la ciudad de Aguadulce, capital de la Provincia de Coclé, el 30 de agosto de 1887. Hijo de familia numerosa y acaudalada, su vida de niño transcurre en este ambiente criollo y rural. Pronto revela sus dotes excepcionales; y, al terminar la educación primaria, es enviado a continuar estudios secundarios a la Escuela Normal de Varones de la Capital, donde se recibe de Maestro en 1907. El Gobierno Nacional, tomando en cuenta su afición a las letras, acuerda otorgarle una beca para la Universidad de Santiago de Chile, coronando sus estudios, en el año de 1912, con el título de Profesor de Estado.

De esa fecha en adelante, su obra es múltiple y creadora, y se destaca como escritor, periodista, orador y conductor de juventudes. En 1924 es llamado por el Jefe del Estado a formar parte del Gabinete en la Cartera de Educación. Vive entonces un período de gran prestigio y popularidad.

En 1927, se incorpora a la vida diplomática con el cargo de Ministro Plenipotenciario de Panamá ante Francia y la Gran Bretaña.

Su vida tiene una fe: la cultura, y una meta: la Universidad de Panamá. Logra la fundación de la Universidad en el año de 1935. En 1946

coloca Méndez Pereira los cimientos de la Ciudad Universitaria, en el sitio donde hoy se encuentra, y en 1950 la inaugura, para orgullo de Panamá y asombro del mundo; y en ella vive activo y creador hasta el instante mismo de su muerte inesperada, el 14 de agosto de 1954.

Desde este momento, Octavio Méndez Pereira está en la memoria de los panameños con el recuerdo de la inmensa obra de cultura realizada por aquel admirable prosista, historiador, novelista y educador. Se rememora asimismo la robustez de su pensamiento, ataviado siempre con las galas del estilo; su devoción a las grandes figuras de la historia, expresada en libros de aquilatados méritos históricos y literarios. Su brega constante por todo lo que significó para el hombre americano libertad, dignidad, derecho, fraternidad y justicia lo han convertido en una figura descollante del pensamiento continental.

LO FUNDAMENTAL EN SU PENSAMIENTO

(Sus discursos)

El ejemplo europeo y las necesidades perentorias de su patria fueron los factores determinantes de la gestación de su pensamiento. Un fuerte sentimiento americanista, genuino y profundo, lo coloca por encima de su nacionalismo. La clara conciencia de su continuidad literaria se nos mostrará particularmente fecunda en su visión histórica de América, y de Panamá en particular. Méndez Pereira es figura clave en la dirección del pensamiento panameño. Al crecer con la joven República, panameñidad y concepción del Istmo son temas fundamentales, que informan en gran parte la estructura histórica de la ideología istmeña.

En sus discursos se revela su doctrina, la cual se caracterizó en todo momento por la defensa de los fueros del espíritu. Propugnó por un idealismo que pudiera conciliar la concepción científica del mundo y de la vida. Su pluma, valerosa y limpia, estuvo al servicio de las causas más justas de su patria. No se contentó con escribir novelas, sino que intervino en el campo educativo, cultural, patriótico y político, para enaltecer el pensamiento de los panameños.

Sus discursos sintetizan esas cualidades, y por eso han sido objeto de un cuidadoso estudio.

Entre los muchos discursos literarios que escribió, tenemos el que pronunció con motivo del Centenario de Martí, en el cual resaltan las virtudes de la forma literaria y su línea de pensamiento, que da a la política un carácter de excepcional elevación. Así dice: "...y aquí está Martí con nosotros, a los cien años de haber nacido. Aquí podrá decirnos de nuevo con esa autoridad del amor, que ya se han cansado nuestras frentes de que se tome sobre ellas la medida de los yugos».

«Aquí su noble frente pensadora podrá concebir de nuevo, para confesarlo a todos los hombres de América, que la Libertad cuesta muy

caro y es necesario, o resignarse a vivir sin ella, o decidirse a comprarla por su precio» (1).

Es muy de notar esta trascendencia beligerante de la literatura mendeciana. No se trata sólo de estilo impecable y de enjundioso contenido. Se trata de otra dimensión más trascendente y profunda: la del mensaje, la de la clarinada precursora de la lucha. Una lucha de siempre, que fué la tónica de la actividad de Méndez Pereira.

FUERZAS DE UNIFICACIÓN

EMOCIONES Y EVOCACIONES

La obra titulada *Fuerzas de Unificación*, escrita por Méndez Pereira durante su permanencia en Europa, en 1927, ahonda en lo medular de su pensamiento como escritor. En este libro se afirman las cualidades de estilo que se habían revelado en sus anteriores trabajos. Sintetiza el autor su concepto del Hombre Europeo como fruto esencial de tres influencias determinantes: lo romano, que contiene elementos normativos del espíritu en lo jurídico, lo militar, lo religioso y lo formal. Con esta base, adviene el hombre europeo en formación a la influencia de su nuevo factor determinante: el Cristianismo, que aporta lo subjetivo en la moral y al mismo tiempo proclama una moral unificada, que exige en el examen de sí mismo el conocimiento de la sutil y fecunda vida interior y establece la igualdad entre los hombres. Y la influencia Griega, que integra la inteligencia europea, la firmeza y la solidez de su saber, la nitidez, la pureza y la distinción de su arte, que disciplina el espíritu para la perfección, que descubre el método de pensar y mantiene la armonía entre el cuerpo y el alma. «Toda tierra que termina romanizada, cristianizada y sometida al influjo del espíritu helénico es absolutamente europea» (2).

Definido así lo europeo, Méndez proclama su filiación occidental y entra en materia como parte integrante del fenómeno, que estudia con su estilo de siempre: en cortas crónicas, que constituyen un rosario perlado de unidades en cadena, cada una de las cuales encierra un valor propio dentro de la misma temática.

Reconoce la existencia de las dos Américas y sostiene que «el hispanoamericano aporta a la concepción global del americanismo, lo mismo que el americano de origen sajón, una fuerza creadora juvenil con una base fundamental europea y nuevos elementos originales propios de su carácter» (3).

Pese a reconocer la existencia de las dos Américas en punto a lo

(1) Octavio MÉNDEZ PEREIRA, *Revista Universidad*, 32, pág. 1.

(2) Octavio MÉNDEZ PEREIRA, *Fuerzas de Unificación*, pág. 12. Edit Le Livre Libre. París, 1927.

(3) Octavio MÉNDEZ PEREIRA, obra citada, pág. 33.

ideal y a lo humano, el autor cree en el panamericanismo por dos razones fundamentales. Porque lo considera un modo funcional de internacionalismo, y porque estima que su aplicación honrada sirve para sofrenar el imperialismo de los Estados Unidos mediante el desarrollo de un sentido moral del derecho y de la justicia internacional.

Concibe y acepta, dentro de su panamericanismo, la unión hispanoamericana, «ya que tenemos el mismo idioma, el mismo origen y los mismos problemas, no para alzarnos contra los otros pueblos, sino para hacer posible el ideal de la fraternidad humana» (4).

En su afán globalizante del progreso dentro de la fraternidad humana, Méndez considera la educación generalizada como el arma inicial y más poderosa. Si se da a los problemas económicos, industriales, comerciales, políticos o defensivos un valor preponderante sobre la educación, dice, se está poniendo el caballo frente a la carreta, pues no pueden surgir los hombres capaces de resolver los problemas precedentes si ellos en sí no han sido formados como la obra más importante y primordial.

Debe dejarse claro, dice el escritor, el valor preponderante de la educación sobre el saber. El hombre debe estar educado, es decir, ser hombre consciente y responsable de su condición de tal, para que pueda hacer uso humano del saber y llevar adelante, con ritmo cada vez más acelerado, el avance arrollador del progreso. Así planteado su concepto del saber y de la educación, se sigue un concepto universalista del progreso. Dice que el hombre, en la medida que ha ido dominando los secretos de la Naturaleza, no ha hecho más que alargar sus brazos y agudizar sus sentidos; pero que una mejor comprensión de la Naturaleza debe implicar un mayor sometimiento a ella. Por tanto, el hombre en el progreso debe ser hombre social.

Fundamenta en este concepto optimista del progreso el concepto que le merecen los hombres y los Estados del futuro. Cuando el hombre se universaliza en sus responsabilidades sociales; cuando, sin perder sus limitaciones de familia y de frontera, suba sobre su propio ideal y encuentre las constantes de la fraternidad humana formando un cielo común para todos los Estados, entonces, dice el autor, será «hombre del todo, hombre con criterio de humanidad».

Se refiere también a un nuevo concepto de nacionalidad y de organización estatal, que requiere renovación. Renovación de nuestro sistema universal y aceptado de la democracia. No define el escritor en qué consiste la revisión ni cuáles deben ser las reformas al ideal y estructurará democráticas, sino que se concreta a proclamar que el derecho a la reforma atañe únicamente a la juventud. Proclama la juventud no como un estado cronológico de la vida del hombre, sino como una fuerza

(4) Octavio MÉNDEZ PEREIRA, *Emúclones y evocaciones*, pág. II. Edit. Franco-Iberoamericana. París, 1927.

social renovadora. Actuar juvenilmente es actuar de cara al progreso en forma enérgica y certera.

En esta obra se encuentra la teoría del autor sobre cuáles deben ser las fuerzas de unificación; pero declara sencillamente que su obra es de difusión de problemas. Y esta última posición está más a tono con la estilística de Méndez Pereira, el observador de la ciencia y de la vida, el anotador cuidadoso de los fenómenos y su trascendencia, el educador constante y circunstante que fué fundador y rector de la Universidad de Panamá, y quien vivió toda su vida rodeado de juventudes, las de su patria y las de América, en busca constante de una nueva emoción y de un concepto definitivamente nuevo, para iluminar la organización del progreso y guiar por senderos elevados su dinámica. El estilo del autor, limpio y cuidado, de períodos cortos y sugestivos, revela su ingenuidad de pensador estudioso. La trascendencia educativa de su obra es, sin duda, una de las características dominantes de su estilo.

En su obra *Emociones y evocaciones*, escrita en esta misma época, nos ofrece una serie de crónicas, escritas a lo largo de un viaje por toda Europa, que inicia con su entrada a España. El tema es el viaje, y se apoya en lo que ve y en lo que evoca, sin dejar de darle vuelo a su imaginación cada vez que su temperamento sentimental lo arrebatara ingenuamente por caminos de ensueño. No es la crónica estudiada, escrita con toda premeditación y sosiego, sobre notas y datos compilados a lo largo de un viaje interesante. La crónica de Méndez está escrita a la vera del camino y configurada por la cálida inspiración del momento. Su brevedad y su ingenuidad le comunican un sabor grato. La ubicación en el tiempo es errática, según se viaja, y el motivo dominante es la evocación.

«Hice mi entrada en España por Castilla la Vieja, como quien dice por la Tierra Sagrada de la Madre Patria. Las altas montañas que cantó Pereda estaban cubiertas de nieve, y era una sola sábana blanca la llanura clásica por donde brillaron para gloria de la Península, al paso de su Babieca, la colada y la tizona del Cid Campeador” (5).

Homenaje cálido e ingenuo, nada original, pero profundamente lírico, del americano hispánico que se siente conmovido en sus íntimos resortes atávicos por el ingreso a la patria original.

En ésta, como en todas las crónicas de tipo casi periodístico que componen esta compilación, el autor deja traslucir, más que una preocupación, una emoción hispánica muy frecuente en nuestra América entre hombres de su altura.

Le deslumbra un pasado que comprende y siente suyo por la raza y por la fe. Y ésta es la constante en la temática de su ramo de crónicas de España. Un encontrarse en lo suyo, un gusto de comprobar en el ambiente adecuado vagas angustias de juventud, un afán no escrito por identificar abuelos de capa y espada, de pluma e ingenio.

Antes de entrar en el estudio de las novelas históricas del Doctor Octavio Méndez Pereira, consideramos necesario hacer un ligero recuento de la novela histórica en América.

Ya en la época de la Colonia, comenzaron a leer los americanos novelas de caballería, pastoriles y picarescas, a pesar de que los decretos reales españoles prohibían sus lecturas allende el mar. Las razones por las cuales no se escribió novela son muy complejas. Desde luego, sabemos que se leyeron; tal vez dificultades de orden material o la tarea absorbente de organizar un nuevo mundo no dejaron tiempo a los colonos para ocuparse en las faenas literarias.

Cuando el mundo americano llega a sentir que es verdaderamente libre, entonces comienza a producir la novela con su propia individualidad, para expresar sus nuevas condiciones de vida.

Comienza ahora el género que no pudo ser en trescientos años de coloniaje. El estilo novelesco prendió rápidamente en México. Mateo Alemán, uno de los mayores novelistas hispánicos, se estableció en ese país. Se puede considerar a México como el primer centro literario de América y como el país de mayor producción de novelas. Se inicia el arte novelesco con *El Periquillo Sarniento*, de Fernández de Lizardi (1816), y se multiplica y crece en todas las naciones.

Sin embargo, esta novela de tipo didáctico-picaresca no formó escuela. De ella seguramente ha surgido un tipo de personaje dramático, socarrón, vividor y desdenoso de la muerte, que se ha consagrado definitivamente en la literatura mexicana.

En 1826 apareció en Filadelfia una novela de autor anónimo, *Jicote-neal*; fué la primera novela histórica escrita en castellano en el siglo XIX.

Más tarde, en 1879, surgió una novela considerada como clásica en su género: *Enriquillo*, de Jesús de Galván, aceptada como una de las primeras novelas históricas de su tiempo.

Hay otra novela del mismo género, tomada en cuenta como la primera novela americana. Se trata de la *Amalia*, de José Mármol (1851); aunque cronológicamente es anterior al *Enriquillo*, es posterior a ésta en importancia histórica.

Dice Luis Alberto Sánchez en su libro *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*: «Los sucesos allí referidos no eran históricos cuando los escribió su autor, sino perfecta y terriblemente actuales. Ahora que su valor histórico actual es cosa diferente de su filiación histórica al nacer" (6). La obra de Mármol se caracteriza como una vibrante

(5) Obra citada, pág. 11.

(6) Luis Alberto SÁNCHEZ, *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*, página 358. Edit. Gredos. Madrid, 1953.

defensa de la libertad y la justicia. Hay en esta novela tres elementos que el autor se proponía conjugar: el idilio, el panorama social y el panfleto político.

Este último elemento habría de crear tradición en la novela hispanoamericana. De manera que, siendo la novela histórica de América todavía inconclusa, su novelística se inclina ya, siguiendo las huellas del *Enriquillo*, de Galván, que tiene sus características especiales, o las de *Amalia*, de Marmol, de actualidad presentista, pero que por la fuerza de los hechos y por su importancia en la vida de un pueblo pasa a la categoría de histórica.

Me atrevería a sostener que los autores criollos de novelas históricas siguen, cada vez con más frecuencia, la línea de Marmol, ya que la historia en América tiene sus inflexiones de presente. El acervo cronológico de hechos cumplidos y catalogados es todavía una fina película, comparada con el turbulento presente y el misterioso porvenir, lleno de luces prometedoras y de inquietantes amenazas. Por tanto, es lógico que los novelistas del género se orienten al panfleto y la prédica, la denuncia y el grito revolucionario.

No podemos pasar por alto la influencia en América del escritor escocés Walter Scott, quien encaminó la novela histórica por nuevos senderos a partir de la publicación de *Ivanhoe*, y quien la impuso en los dos continentes. Este escritor fijó rasgos definitivos en la novela histórica, como son: a) información histórica; b) color local; c) exotismo; d) evocación de sociedades lejanas desaparecidas; e) sentimiento de colectividad.

A estos rasgos fundamentales de Scott podemos añadir otras características de la novela americana, como son: a) amor entre una indígena y un español; b) descripción de la naturaleza; c) descripción de costumbres.

La escritora Concha Meléndez, en su bien documentado libro *La novela indianista en Hispanoamérica*, dice lo siguiente: "Los americanos sintieron gran afición por el tema histórico de la conquista, antiespañolismo y evocación de personajes indígenas como ejemplo cívico» (7).

La contribución a nuestro género histórico no se debe solamente a la influencia de Walter Scott, sino que también fué marcadísimo el influjo de otras literaturas, como la española y la francesa.

Todo este valioso aporte de la cultura del Viejo Continente a la novelística americana fué asimilado y dió lugar al florecimiento de un género con elementos propios perfectamente definidos, como es el caso de Jacobo Fenimore Cooper, y de otros notables escritores históricos que han logrado consagración definitiva.

(7) CONCHA ELÉNDEZ, *La novela indianista en Hispanoamérica*, pág. 71. Edit. Hernando. Madrid, 1934.

La narración histórica, aunque sujeta a exigencias de orden científico; que la coloca en un plano un tanto alejado del acontecer literario, puede, sin embargo, figurar en un recuento, porque sus raíces se nutren de la misma esencial preocupación que impulsa en nuestro Istmo a los cultivadores de las letras.

Haciendo un aparte de las dos novelas históricas del Doctor Octavio Méndez Pereira, no tenemos en Panamá obras de recia envergadura que permitan a los panameños asentarse sobre su pasado. Mas ya hay jóvenes de prometedores signos que con dramático afán procuran indagar esa verdad histórica urgida por nuestra hora presente.

Es el Istmo de Panamá uno de los lugares más ricos en documentación y crónicas: Ya el primer informe europeo sobre Tierra Firme lo da la relación del último viaje del Almirante; y, al referirse al Istmo, el lenguaje de Colón cobra un nuevo acento y vigor. Son asuntos novelescos también los documentos que narran la jornada que conduce al descubrimiento del Mar del Sur. Superada la etapa de la conquista, siguen otros hechos no menos importantes: los hermanos Contreras asaltan Castilla de Oro; la guerra de los Cimarrones (esclavos), alzados de la región de Chepo; el terremoto de 1621; la triste y melancólica destrucción de Panamá la Vieja, invadida por piratas; la inmigración norteamericana, provocada por el descubrimiento del oro en California; el Ferrocarril de Panamá; el célebre Canal Francés; el Momento Colombiano. Son todas estas pruebas de que lo novelesco histórico incide en nuestro pasado sin explotar.

LA NOVELA «TIERRA FIRME»

(*El tesoro de Morgan*)

El escritor Agustín del Saz, estudioso de la literatura americana, quien vivió varios años en Panamá, escribe sobre esta novela: «Panamá ha colaborado a la novela histórica sobre temas del descubrimiento con una gran narración, hija del ingenio y del estudio de unos de los hombres más ilustres del Continente, Octavio Méndez Pereira» (8).

Es la novela *Tierra Firme* una obra donde campea lo descriptivo histórico. Comienza con la narración del temblor de 1621, que asoló la antigua ciudad de Panamá. El historiador panameño Juan B. Sosa, en su *Historia de Panamá*, da testimonio de este terremoto, que llenó de espanto y desolación a los habitantes de la llamada Tierra Firme, donde estaba comprendida Panamá. Notamos en esta obra un ligero arcaísmo

(8) Agustín del Saz, *Resumen de historia de la novela hispanoamericana*, página 102. Edit. Atlántida, S. A. Barcelona.

del lenguaje, que da mayor veracidad al sentido rigurosamente histórico de la narración. Apela frecuentemente al recurso de hacer hablar a notorios personajes de la época, en cuyas palabras pone parte de la narración.

Una escena interesante de la novela es la toma del famoso Castillo de San Lorenzo en 1671, bien fortificado y defendido bastión de las fuerzas españolas y guardián de la ruta entre el Atlántico y la Mar Pacífica. La reseña que hace de la destrucción del Castillo está realmente ceñida a la crónica y casi no interviene lo novelesco. También es de señalada importancia el recuento que hace el autor de la forma cómo se gobernaba Panamá en esa época; su gran importancia geográfica, ya desde los tiempos de la Colonia; las atribuciones de sus funcionarios, y el gran comercio que existía entonces en la ciudad. Tanto el historiador Oviedo como Cieza de León se refieren en sus crónicas con entusiasmo a esta hermosa ciudad y al decir de su peculiar importancia ístmica. Es indudable que la ciudad de Panamá, heredera de Santa María la Antigua del Darién, vivió durante sus primeros seis o siete lustros un período de constante crecimiento y riqueza. Era el camino obligado para los envíos de plata y oro de las minas del Perú. Desde ese momento, el autor de *Tierra Firme* justifica su gran importancia como ciudad de tránsito; psicología esta que fijará la literatura de las generaciones venideras.

Recoge igualmente acontecimientos, tales como las famosas Ferias de Portobelo, en forma documentada y brillante. Estas Ferias ocupan lugar especial en la historia de América, ya que constituían uno de los acontecimientos más grandiosos y dignos de mención durante los siglos xvii y xviii. Para Portobelo en particular, ellas constituyen su mayor gloria, pues contribuyeron enormemente a hacer de esta ciudad una de las más florecientes de la América Española durante dos siglos.

A pesar de la grandiosidad, el colorido y la vivacidad que el autor pone en la descripción de uno de los acontecimientos comerciales y navales más importantes de la época, creemos que lo mejor logrado de la novela es el capítulo que trata de la destrucción de Panamá por el pirata Henry Morgan.

Además de estar ceñido a la verdad, el autor pinta con lujo de detalles y de imaginación el trágico fin de la ciudad a manos de los piratas ingleses.

Hay una escena de impresionante realismo, y es la marcha de los piratas por el corazón asfixiante y exuberante de la selva panameña. El escritor se deja arrebatar por la descripción del agreste paisaje patrio; y, apartándose por un momento de la técnica impuesta, que es la verdad rigurosa, confiere calidad de personaje a la imponente selva tropical transistmica.

El Doctor Octavio Méndez Pereira logra una recia y definida pintura del personaje histórico Sir Henry Morgan; probablemente, a eso sea

debido el curioso subtítulo que da más tarde a la obra (*El tesoro de Morgan.*)

Se ha discutido bastante sobre si la destrucción de Panamá fué obra del acaso o de la maldad del hombre; si agitó la tea incendiaria la mano de los mismos moradores en un acto de desesperación, o la de los piratas por un refinamiento de perversidad. La historia ha sindicado del acto al jefe de los piratas, pero es un hecho salvado ya de los linderos de la duda que la contaminación de las llamas a los depósitos de pólvora, volados después de la derrota por orden del gobernador de Panamá, fué el origen del fuego. Méndez Pereira conduce la trama descriptiva en forma tal, que esta tesis queda claramente definida.

Como descubrimos ya al principio, hay en la temática de la novela *Tierra Firme* un contenido intencional, no declarado expresamente por el escritor, pero sostenido con facilidad y soltura en todo lo largo de la obra. Se busca y se logra establecer la fuente de lo hispanopanameño mediante la cita ocasional de hechos históricos aparentemente accidentales dentro de la estructura de la obra, los cuales aisladamente considerados son verdaderos descubrimientos de lo entrañablemente hispánico de la panameñidad.

Al describir la estructura políticoeconómica de la colonia y su *modus operandi* con la metrópoli en el terreno comercial, el escritor actúa guiado por su afán de aclarar, de establecer las causas medulares que hicieron posible el desastre panameño ante la arremetida de Morgan. Pero dentro de esta misma trabazón de documentos y hechos comprobados va engarzada con sutil habilidad una información que tiene trascendencia permanente en el campo de la cultura americana, y particularmente panameña. Al escritor le interesa definir a Panamá como receptáculo y centro distribuidor en América de la cultura hispánica y europea, y no pierde oportunidad de consignar hechos comprobados, que dan vigor incontrovertible a este importante aserto.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA

(*El tesoro del Dabaibe*)

Nos encontramos frente a la segunda novela del eminente escritor panameño Octavio Méndez Pereira; la más importante y mejor lograda novela histórica escrita hasta la fecha en el Istmo. Méndez escoge certeramente el tema, o mejor dicho, el episodio. Éste es su primer triunfo: se trata de un hecho tan básico, tan significativo e importante para la vida ístmica, que pudiéramos muy bien llamarlo el «Primer Canal».

Balboa, el romántico aventurero, cuyo perfil histórico está injustamente dibujado en la historia formal, aparece en Méndez Pereira con todo el vigor humano de su recia personalidad hispánica y rodeado de

los atributos de político y colonizador hábil, aparte de capitán valeroso y tenaz.

Esta novela devuelve al Adelantado del Mar del Sur toda la prestancia de Gran Capitán de la Conquista y precursor de la Colonia, acaso un tanto desvirtuada en la crónica por su largo pleito con Pedrarias, el implacable Justador que terminó por decapitarlo en Acla.

Con la leyenda del tesoro del Dabaibe, todavía hoy envuelta en el misterio de la verde selva darienita, el autor nos introduce un personaje que es en gran parte suyo: Anayansi, la anónima hija de Careta que tanto aprendió de Balboa y tanto enseñó del mundo autóctono al rubio aventurero. Acaso porque Méndez advierte la importancia enorme que cobra este personaje en su historia, subtitula el libro al publicarlo con el nombre de *El tesoro del Dabaibe*, siguiendo en esto la idea original de su inolvidable amigo el ilustre escritor español Vicente Blasco Ibáñez, en cuyo asocio pensó escribir esta obra de evocación panameña.

En el primer capítulo de la novela trata el relato histórico de cómo Vasco Núñez de Balboa logra fugarse en la flota conquistadora del Bachiller Enciso; episodio este confirmado por el cronista Oviedo. Después de esta aventura, comienza a revelarse un Balboa desconocido para todos en el capítulo que el autor llama «La Ciudad de la Muerte», o sea, el desastre de los españoles en Turbaco. Frente a esta tragedia surge el genio de Vasco Núñez de Balboa como jefe capaz de conducir hombres en graves situaciones y de adoptar medidas rápidas, eficaces y enérgicas, llevando a un grupo de desesperados españoles hacia el Darién, pintado por Balboa con dorados colores para levantar el ánimo de los aventureros.

Con estos episodios, admirablemente traídos y rigurosamente verdaderos, Méndez Pereira nos va trazando una estampa psicológica del valiente y bondadoso Adelantado del Mar del Sur, cuya personalidad trágica está íntimamente ligada a los orígenes mismos del destino panameño en su época hispánica.

Se sigue un hecho de extraordinario valor para el progreso del Istmo y de América: previas elecciones democráticas, sale electo Alcalde el jerezano, y queda como su segundo otro buen soldado vizcaíno, Martín Samudio, gran amigo de Balboa, y se establece por vez primera en tierra americana el Régimen Municipal, nervio y origen de toda democracia.

Es de notar que el autor no pierde oportunidad de ir destacando como puntos luminosos en su relato estos hechos fundamentales de la historia istmeña y continental; habilidad esta que acrecienta los méritos de su obra, pues vitaliza de modo extraordinario su contenido histórico.

Méndez dedica un capítulo a recoger, ayudado de su fantasía tropical y de su propio atavismo indígena, toda la gama del panorama istmeño precolombino cuando nos cuenta las festividades del Sol en el pueblo de Careta, jefe indio que tan importante papel habría de desempeñar en el destino de Balboa.

El cronista Oviedo hace referencia a la adoración del dios Sol por las tribus del Darién. «Y es verdad que aquellos indios de la lengua de Cueva, en la cual cae el Darién, piensan ellos que este Dios es el Sol, e su mujer la luna. E otros errores muchos tienen e idolatrías» (9).

En este clima de superstición prepara el escritor el encuentro de dos hombres buenos, eficientes y antagónicos. Careta, el mandatario autóctono de una región populosa, rica, trabajadora y apacible. Balboa, el valeroso caudillo de un puñado de aguerridos y determinados conquistadores.

En este momento se destacan dos hechos interesantes: Balboa se une sentimentalmente a la India; y, por vez primera, españoles e indios emprenden juntos tareas de interés común.

La rápida prosperidad de La Antigua y la meteórica carrera de Balboa destacan en la obra de Méndez Pereira la política de atracción y mutuo entendimiento en los afanes de la conquista y la colonia, contrapuesta a la del terror y la rapia. En esto maneja la técnica de la novela con gran maestría, pues logra la fusión de dos caracteres, el conquistador y el conquistado, mediante la descripción de una amistad rigurosamente histórica, la de Balboa y la hija de Careta, de la cual emergen: él, humanizado con respecto al trato de los aborígenes, y ella, europeizada en su moral y pensamiento. El escritor erige discretamente al Adelantado en un ejemplo típico de cómo debieron hacerse las cosas en aquellos días preliminares del descubrimiento, conquista, colonización y evangelización de América.

Es importante el capítulo titulado «Intrigas», porque en él podemos entrever la actitud mental del escritor con respecto a Balboa. Lo quiere exculpar a toda costa, y trata de presentarlo como una víctima inocente que fue inmolada por la concurrencia de grandes y encontrados intereses, tanto de la Corte como del Consejo de Indias y de la misma Colonia.

En la carta que aparece, en la cual el futuro Adelantado pinta con tonos rosa la posibilidad del descubrimiento y conquista del otro mar, hay motivo suficiente para creer que es Balboa un gran Capitán y que a él sólo se debe la gloria del descubrimiento del Mar del Sur. Desgraciadamente, hay otras cartas y otros testimonios de hombres que misteriosamente son ora amigos entrañables, ora enemigos implacables de Balboa. Méndez Pereira, usando su derecho inalienable de escritor, asume la postura de Balboa y destaca las circunstancias que contribuyen a clarificar su papel en la historia.

Después de haber estudiado a fondo estas dos novelas históricas, nos damos cuenta de que *Núñez de Balboa* es una obra infinitamente superior a *Tierra Firme*. En esta última, el autor asume un papel de simple

(9) Gonzalo FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, pág. 20, tomo segundo, II parte. Madrid, 1852.

cronista, olvidándose muchas veces de la técnica novelística. Trata variados temas de suma importancia, cada uno de los cuales por sí solo podría constituir una novela. Sin embargo, no faltan escenas de un lirismo evocador de épocas pretéritas.

En esta obra, el Doctor Méndez llena los requisitos de la novela histórica, como son: información, color local, exotismo, evocación de sociedades lejanas y desaparecidas, amor entre una indígena y un español, descripción de la naturaleza, descripción de costumbres.

En lo que sí hay una diferencia es en la trama central; en lugar de ser inventada, es completamente real. Es muy poco el elemento de invención que añade el autor en la novela *Niñez de Balboa*, ya que podríamos decir que es la biografía novelada del Adelantado del Mar del Sur, llena de hazañas románticas y de valor.

Esta gran novela panameña fué escrita para «reconstruir, recrear o revivir un pasado histórico». Su autor trató de que las generaciones venideras del Istmo reafirmaran su fe en nuestra historia y, a la vez, siguieran buscando en ellas fuentes de inspiración.